

EL SUEÑO DE UNA UTOPIA

Salgo de mi portal, aún oscurecidas las calles, observo orgulloso mi ciudad y respiro lenta y pausadamente el aire puro de este amanecer de invierno. Llueve, me dirijo como siempre a una de las bicicletas que sin ningún tipo de anclaje espera en mil puntos de la urbe la llegada de cualquier ciudadano. Somos miles, acudiendo al trabajo por ambos carriles anchos como carreteras, la lluvia no moja la calzada, toda la encrucijada se corona con parasoles protectores. Ir a trabajar así es una fiesta: colegiales, camareros, abogados, pintores, médicos.... Cada cual a su llegada deja su vehículo sin necesidad de dinero ni tarjetas ni cepos aseguradores. Los coches y autobuses son eléctricos, el aire puro de las campiñas ya no tiene miedo de visitarnos y regalarnos oxígeno, frescor y vida. Con el dinero ahorrado en médicos, fármacos y gasolina, mantenemos unos colegios excelentes, con muchos maestros y medios. Mientras me dirijo a la oficina veo bicis muy variopintas, un tándem aquí, más allá un cuadríciclo con un montón de escolares cantando; y sobre todo percibo el armonioso silencio en el que se jalonan como decorado melódico los cantos de los pájaros. Parece que en una ciudad limpia el nivel de agresividad baja de modo exponencial. Es admirable el respeto con el que se trata a las personas y a las bicicletas.

De regreso del trabajo vuelvo a subir en una bici y ya veo a ciclistas que pedalean con un tono más lúdico, familias enteras se entrecruzan festivamente, otros en ademán más deportivo adelantan por el doble carril que hay en cada sentido del itinerario. Antaño, recuerdo las irritantes retenciones en las entradas y salidas de cada acceso a la población; ahora todos llegan a tiempo y me enorgullece la apuesta por estos dobles carriles como amables autopistas

bicicleteras, con su parasol acompañando cada tramo de estas verdaderas arterias que llenan de oxígeno y salud a toda mi preciosa Villa.

De pronto... en lo mejor de mi sueño... y como siempre, me despierto. Una vez más he soñado con una deliciosa utopía que de modo recurrente acude puntual a mi nocturno descanso. Tal vez sea por que como maestro, aún creo que se puede cambiar el mundo desde la educación más temprana. Ojalá un día los hijos de mis nietos puedan ver materializado este paisaje maravilloso. Recuerdo a mi padre hablándome cuando yo era un niño, de que un día la ciudad estaría plagada de bicicletas y que todas serían de todos. Entonces yo le escuchaba embelesado; y cuarenta años después he podido ver cumplida, en buena parte, su clarividente y brillante profecía.

Les contaré a mis nietos el sueño que a veces me visita y que me llena el alma de esperanza en el género humano. Hoy por hoy yo sigo yendo a trabajar en este medio de transporte, humilde pero valioso; y sigo esperando que de cuando en cuando mi distópico y peregrino sueño me visite y me alegre otra vez con su siempre balsámico abrazo.

SEUDÓNIMO: RAIMUNDO DE PEÑAFORT